

ONTOLOGIA Y TEOLOGIA DEL MAL

Es opinión extendida que a Dante le salió mejor el infierno que el cielo en su "Divina Comedia", y se da como razón que es más fácil describir el infierno porque de él tenemos indicios abundantes en la tierra, mientras que apenas sabemos balbucir algo sobre el cielo, precisamente por falta o suma escasez de indicios. No sé si se responde a la realidad tan pesimista aseveración, pero a mí me toca ahora hablar del mal desde la razón y desde la fe, y me resulta sumamente difícil. Es una experiencia ya familiar cuando me encuentro con el mal en caliente o cuando he de predicar con ocasión de una muerte determinada o urgido a dar motivos de esperanza a un desesperado. Es como una sensación de inutilidad, también de pudor. Ante la realidad del mal, mejor callar, como aprendió Job al término de un largo contencioso con Yahvé y sus pretendidos defensores.

Pero tal vez valga la pena intentar aclarar algo, en plan teórico, en general, y sin ánimo de molestar. Serán reflexiones sencillas, cosas aprendidas de otros, mejor dichas por otros y más extensamente¹.

1. MISTERIO SI, PERO SOLO EL NECESARIO

Son legítimas y complementarias dos tendencias del espíritu humano: La que intenta racionalizar el misterio, más sensible a las exigencias de la razón, aunque pagando el tributo que paga todo esfuerzo razonador, de reducir para que entre en la cabeza lo que la desborda, y la que se entrega a la fascinación y a la densidad del misterio, pagando también su tributo al incluir en el misterio imágenes, símbolos, mitos y emociones que proceden de raíces nada misteriosas. Lo mejor sería la síntesis, que a veces se queda en puro sincretismo, dejando una impresión mareante y confusa.

Yo quiero advertir una obviedad: No voy a "explicar" el misterio del mal. El mal es, efectivamente, un misterio, como lo es la vida, como lo es la persona, como todo lo que trasciende el ámbito de lo problemático para perderse en un horizonte ilimitado, del que desconocemos constitutivamente la clave secreta porque no somos los autores del plano. Voy a intentar dejar al misterio sólo lo más limpio posible de adherencias acumuladas por lo imaginario (muchas veces con la complicidad de la razón). Ya hay bastante misterio, no añadamos (falsos) misterios de más.

De siempre, plantearse el mal ha ido vinculado con la divinidad. Prescindamos de las religiones politeístas y dualistas (sin influencia en nuestra cultura actual) que lo tenían más fácil al atribuir a divinidades perversas o a un antagonista supremo del bien supremo el origen y desencadenamiento del mal. El problema surge con el monoteísmo, tanto el

¹ Recomiendo los libros de Andrés Torres Queiruga, al que seguiré en ocasiones sin citarlo, *Recuperar la situación* (Madrid, 1979, pp. 81-150) y *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre* (Santander, 1986, pp. 109-149). También "Comunión" (*Revista de Teología*) 1 (1979), sobre el *Misterio de Iniquidad*. Además, D. Solle: *Sufrimiento* (Salamanca, 1978), J. Moltmann: *El Dios crucificado* (Salamanca, 1975), y P. Berger: *Prácticas de sacrificio* (Santander, 1979).



judeo-cristiano como el islámico, cuando, confesando un solo Dios y creador de cuanto existe, bueno en sí y bueno en su obra —el Génesis dice que Dios vio todo lo que había hecho y encontró que era bueno— tropiezan con la seria dificultad de no saber cómo explicar la aparición del mal. La "antigua serpiente", como evoca el Apocalipsis a la que tentó a la mujer, "el diablo", "Satanás" como "príncipe de este mundo", "mentiroso y padre de la mentira", "homicida desde el principio" en expresiones del propio Jesús, sirven —independientemente de cómo se crea en su existencia— para explicar el exceso del mal, el mal "diabólico" o "satánico", pero no su origen: ¿Cómo el ángel bueno se hizo ángel caído?

Y bajando ya a la arena de nuestro mundo, ¿cómo el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, se hace inhumano? Hay que reconocer que la doctrina del pecado original, se entienda como se entienda, no lo explica satisfactoriamente, ni el recurrir sin más a la libertad creada: ¿No fue criatura humana y libre Jesús, y, sin embargo, sin pecado? Por otro lado ¿no pudo Dios crear un mundo con libertad que no produjera mal, al menos tanto mal, donde a los hombres sin dejar de ser libres nos diera más por vivir a imagen y semejanza de Dios? Apelar al misterio nada resuelve, son preguntas sin respuesta, ignoramos por qué surgen el mal diabólico y el mal inhumano.

Cuando la teología ha intentado explicar el mal desde la perspectiva de salvaguardar la omnipotencia de Dios ha caído en una lógica terrible. Recordemos la polémica sobre la predestinación y la premonición física. Tomando a la letra la metáfora paulina, si Dios ha creado "vasos de elección" y "vasos de perdición" sería según dicha teoría porque premueve a obrar el bien a unos y el mal a otros, puesto que nada ocurre sin su voluntad, ni siquiera "que un pájaro caiga de una rama". Calvino lleva la predestinación a su extremo: Según él, Dios no sólo habría previsto la caída del primer hombre y en ella la ruina de toda la posteridad, sino que también la habría querido. La Reforma llega en esto a expresiones alucinantes, que Dorotea Sölle califica de "sadismo teológico" (Desde Lutero a Moltmann pasando por K. Barth, para quien Dios llegaría a "co-desear" (!) el mal, debatiéndose en la cruz en una lucha entre Dios y Dios).

Es verdad a la vez que al Sumo Hacedor, al Poder Absoluto que "crea la luz y las tinieblas, la salvación y la perdición" —poder que según el Corán puede ser arbitrario, pues "Dios perdona a quien quiere y tortura a quien quiere"— tanto en el monoteísmo judeocristiano como en el islámico se le califica como Bien, Bondad, finalmente Amor en la culminación del Nuevo Testamento (1 Jn 4, 8). Pero si es blasfemia decir que Dios es malo porque causa o permite el mal, es intolerable afirmar que Dios "no puede" impedir el mal. Así que hay que pechar con la contradicción, o buscar otro camino de solución. Por lo demás, la predicación, la catequesis, la religiosidad espontánea del pueblo para dejar a Dios en buen lugar sentenciaron que "Dios aprieta pero no ahoga", o que "Dios da la llaga y la medicina", o que "Dios se ha llevado a un ser querido", "El sabrá por qué en sus designios misteriosos", o repite con Job "el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, sea siempre bendito".

Pero el lenguaje popular otras veces no es tan piadoso con Dios, y a partir del "¿por qué?" de la perplejidad desesperada viene aquello de "¿qué he hecho yo para merecer esto?", "si es tan bueno ¿por qué permite?", y no reconociéndose en el pequeño David derribando al gigante Goliat, dice irreverente: "Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos; que Dios está con los malos cuando son más que los buenos". A fin de cuentas ese *por qué* recorre las Escrituras, resurge en los Salmos y en Job, y estalla en la Cruz (Mc 15, 34) de Jesús. Deben estar muy enraizada en el ser de la criatura la experiencia del mal como misterio y las connotaciones imaginativas que interpretan este misterio como ausencia, abandono o castigo inexplicable de Dios, cuando tal experiencia no le fue ahorrada ni siquiera al Hijo muy amado.



2. ¿JUSTIFICAR A DIOS, O APRENDER A PENSAR BIEN SOBRE EL MAL?

Sin caer en el error de Elifaz, Bildad, y Sofar —por no mencionar a Elihú, y a todos los que antes y después de ellos han intentado salvar el honor de Dios a costa de condenar al hombre, lo que merece la tajante reprobación del propio Dios (Job 42, 7-9)— me siento muy motivado a responder a Albert Camus y a cuantos antes y después de él, desde Epicuro a Ciorán, han pretendido disculpar al hombre culpabilizando a Dios o al absurdo de un mundo sin sentido, bajo el dilema clásico del "Si Dios puede evitar el mal y no quiere no es bueno; si quiere y no puede no es omnipotente".

Es verdad que el mal es la "roca del ateísmo" (G. Büchner), la "cuestión realmente espinosa e intratable" cuando hablamos de Dios, como dice Josep Vives. Si todo cuanto no es Dios mismo procede radicalmente de Él, ¿cómo puede afirmar H. Haag que el mal enraza en lo esencial del hombre cual elemento de la creación según plan de Dios? Que yo sepa fue Leibniz el primero en acuñar el concepto de "mal metafísico" como condición inherente al ser finito o creado. A pesar de sus excesos optimistas —"este es el mejor de los mundos posibles"— que provocaron los sarcasmos del "Cándido" de Voltaire, Leibniz fue el primero en sacar el mal del pozo teológico y del dilema aparentemente insoluble de Epicuro —dilema sólo aparente pues como señalara Santo Tomás hay que distinguir entre cosas que alguien no puede hacer o impedir, en cuyo caso sería impotente frente a ellas, y cosas que *no pueden ser hechas*, sin que ello implique impotencia, porque son metafísicamente imposibles (Puesto a escoger entre la creación o la nada, en cualquier hipótesis la opción por la creación implica la opción por algo bueno —todo ser contiene bondad—, pero a la vez, y necesariamente, por algo imperfecto —toda criatura conlleva limitación y carencia—).

La limitación es la raíz misma del mal físico y del moral: el amplio espectro del mal tiene su origen no en Dios ni en la libertad creada, sino en la estructura necesariamente precaria y vulnerable de toda creación y de toda libertad finita. Un mundo sin mal sólo sería imaginable a la manera panteísta, como pura emancipación o prolongación del ser absoluto y perfecto, mundo ya acabado desde el principio, sin historia cósmica ni humana, cuyo protagonista exclusivo fuera el infinito ser, proyectado sin sombra en lo creado, lo que es también imposible, pues tal mundo ya no sería sino una redundancia de Dios mismo, Dios mismo.

A lo finito y limitado concierne la carencia: Una piedra no puede crecer, ser una cosa impone no poder ser otra. Pero la carencia no es un mal en sí misma. Empero, la Creación está dotada de un dinamismo que en el hombre convierte la carencia en angustia de privación. El hombre se experimenta a sí mismo como contradictorio porque "estando tan bajo siente cosas tan altas" (así canta Guillermina Mota), porque queriendo el bien (absoluto) en el plano de la intención y del proyecto, hace el mal (relativo) en el plano de la realización (cfr. Rom 7, 15-24). El hombre "supera infinitamente al hombre" (Pascal) porque siendo sólo hombre quiere ser Dios, pero al sentirse incapaz de serlo en su presente realidad se siente abocado a la angustia existencial, a la "tristeza de lo finito" (Paul Ricoeur) y a la infelicidad, en definitiva a la conciencia del mal como privación.

Su tentación es entonces anestesiarse el "muñón anhelante" (T. Queiruga) que es su ser en proyecto y, para no sufrir o sufrir menos, regresar a la naturaleza, a lo prehumano, dejarse llevar por la inercia, por esa especie de "ley de entropía antropológica" que en el fondo es la "pasión" por la nada, por el no-ser, como la fascinación de una llamada invertida al otro abismo, donde no hay dolor porque no hay creación. Todo lo cual es al menos presupuesto y condición de posibilidad del mal. Pues si la dinámica y el proyecto de ser más hasta el Bien sin riberas puede por ausencia inducir a la pereza existencial y al miedo metafísico al ser sobrepasado sobrepasando, por lo que opta por ser mera prolongación del zoológico, también puede provocar una respuesta antipódica, la de las "grandes zancadas



pero fuera de camino" (San Agustín), es decir, la progresión hacia lo inhumano, lo que ya en la primera carta de San Juan se llama "la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida". De este cuadro surgen las imágenes de Sísifo el impotente y de Prometeo el rebelde frente a dioses inexistentes, forzado el uno a empujar hacia arriba una losa que siempre acaba por desplomarse, y empeñado el otro en robar un fuego sagrado que considera botín ávaramente custodiado por la deidad.

Desfallecer ante, rebelarse contra, o casarse con los límites de la naturaleza son, como dice Nédoncelle, las falsas salidas del hombre, que pronto convierte en motivo de acusación contra la mujer, y finalmente contra Dios mismo, que a fin de cuentas les creó y les hizo libres: "Caín ¿dónde está tu hermano? —Yo qué sé, ¿caso soy yo el guardián de mi hermano?".

3. ¿TEOLOGIA DEL MAL?

Pero aunque la reflexión filosófica es necesaria, y aunque en mi caso no he podido menos de hacerla desde mi fe cristiana, hay que reconocer que se queda pobre y fría para dar cuenta de tanto exceso de mal. Todo parece indicar que el mal viene de más lejos y de más hondo que la simple limitación de la criatura, y que la desviación del hombre de su vocación dinámica por la regresión a lo natural o prehumano, o por su falsa progresión hacia lo inhumano.

Es evidente —a pesar de que hoy no sólo se le dedican libros y películas, orgías y misas negras, sino hasta congresos— que la imagen del diablo aparece hoy, a la luz de la exégesis, de la historia de las religiones, y de los análisis antropológicos, muy devaluada, y que poner entre paréntesis su posible realidad personal no es tenido por atentado nuclear a la revelación, y ello no por mero prurito racionalista o desmitificador, sino porque preserva de un dualismo o maniqueísmo larvado, que siempre ha amenazado con erigir subliminalmente a Satanás en el "dios malo", a la vez que lleva a encarar el mal como algo que ni viene de Dios ni del diablo, sino que arrancando de limitaciones creaturales tendría por responsable al hombre, siempre dispuesto a señalar con su dedo acusador en otra dirección: Hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha o hacia la izquierda, nunca hacia sí mismo.

Pero si lo demoníaco no ocupa en el Evangelio un lugar central y autónomo, si tiene una función referencial, como la sombra sirve de elemento de contraste para percibir la luz. Karl Lehmann viene a decir que quien desconoce la dimensión y origen del mal pierde en parte el sentido para orientarse sobre qué es la salvación y de qué ha de salvarse.

Lo diabólico acaso encuentre su mejor expresión simbólica en el ámbito antropológico y en el social. Al llamarlo Jesús "mentiroso y padre de la mentira" (la negación de la comunicación interpersonal) y "homicida desde el principio" (la destrucción de la vida humana), implícitamente está atribuyéndole lo que es de naturaleza impersonal o lo que atenta y amenaza con disolver lo personal, en la medida en que la persona es capacidad de comunicación, de búsqueda de la verdad, y de vocación a la vida. Si se entiende el diablo como "anti-persona" (E. Brunner, J. L. Marion) se encuentran en él simbolizados todos los elementos del "ello", de las estructuras esclavizantes, de los poderes anónimos.

Es contra eso contra lo que dice Jesús que ha venido a luchar: Contra el "fuerte" que tiene encadenado al hombre, y frente al que viene el "más fuerte" para liberarlo. Aquel "fuerte" es lo opuesto al reinado de Dios. En expresión de Pablo, no es la "carne y la sangre", no es lo humano, "por degradado que esté, el objetivo de la lucha del hombre contra el mal, sino "poderes invisibles (ocultos) que militan en las tinieblas" (en la oscuridad ¿del "ello"? (cfr. Ef 6, 12). Todo lo cual parece favorecer la intuición del "mal estructural", ya no simplemente como limitación, sino como la oposición declarada al proyecto del Reino



de Dios como proyecto de hijo —la criatura humana que se reconoce no sólo dependiente, sino amada por Dios— y como proyecto de hermano (descubrimiento del otro no como competidor, ni siquiera como semejante, sino como prójimo, como hijo del mismo Padre). La actitud de Jesús tiene muy diferente impostación y diferencia cuando se dirige a los "ricos" (Lucas 6, 24) o a los "escribas y fariseos" (Mt 23), que cuando habla con el rico Zaqueo o el fariseo Nicodemo, o los anónimos rico y letrado que le preguntan respectivamente qué hacen para obtener la vida, o cuál es el principal mandamiento.

Las posibilidades demoníacas de lo colectivo (estructurado en poder anónimo como "pecado del mundo" o como "sistema"), cuando se vuelven fuerza im-personal de muerte, no guardan proporción con el mal —por grande que sea— de que es capaz un hombre concreto, aunque con frecuencia los ejecutores de las sentencias de los poderes anónimos si tengan rostro, y a veces también aparezca el de quienes las dictan. Pero ¿alguien caerá de nuevo en el error de identificar a Hitler con el nazismo, o por exceso al pueblo alemán? Esa ola de locura demoníaca, que no se abrió ni se curó con Auschwitz, ¿guarda proporción con lo humano, ni siquiera con lo inhumano o con lo prehumano? De igual modo que Pablo dice "no soy yo, sino la gracia de Dios en mí", y "no soy yo, sino el pecado que habita en mí", parece como si las fuerzas oscuras tirasen del hombre hacia los abismos cuya profundidad y cuya altura él no ha creado. Lo oscuro no es el mundo de la creación sino el mundo por el que no rezó Jesús, el mal del que pidió al Padre nos veamos libres los discípulos, sin que para eso tengamos que salir del mundo. Y así nos enseñó a pedir "libranos del mal", es decir, de pertenecerle.

Tal vez me he metido en lo que quise evitar. Demasiados flecos sueltos, demasiadas contradicciones y ambigüedades, demasiadas concesiones a lo imaginario para acercarme al misterio. Por eso he puesto este apartado entre interrogantes, y he empleado un lenguaje especialmente vacilante.

4. AHORA, SI: TEOLOGIA DEL MAL. O MEJOR: DIOS, EL ANTI-MAL. O MEJOR AUN...

En el espacio que me queda voy a decir lo que de verdad creo.

Aunque Dios salga absuelto de la acusación —imaginaria: "o causa del mal, o lo permite"— y pueda ser definido negativamente, con Schillebeeckx y Torres Queiruga como el "anti-mal", ha querido responder de la única manera convincente al desafío de Job, el hombre aplastado por el mal: ¿Te parece justo que tú estés ahí arriba, tan feliz, y nosotros aquí abajo, tan desgraciados? Dios se hace humano y asume la condición limitada de la criatura, en un movimiento de solidaridad activa y sin billete de retorno. O mejor dicho: Cuando re-ingresa en la plenitud de lo infinito, lleva con El para siempre las marcas de la carne en la que se humanó, resucitada; y en primicias, toda la humanidad y toda la creación redimida y resucitada (divinizada).

La encarnación de Dios en Jesús de Nazareth significa que Dios ha asumido todos los presupuestos del mal: Como limitación es hombre y no puede ser mujer, del siglo I y no a la vez del XX, judío y no también romano, con una lengua y una cultura... Pero además, sin hacerlo, asume las consecuencias del mal tal como se producen en una historia de pecado: "descendió a los infiernos", "se hizo pecado", es decir, cargó sobre sí el pecado del mundo, murió violentamente y en plena juventud al enfrentar provocativamente el poder del amor, indefenso, al poder armado del mal organizado en todos sus frentes: el religioso, el ideológico, el político, el económico... el poder del principio de este "sistema": el diabólico.

Y a la vez que asume la limitación estructural de lo creado y carga con las consecuencias



del mal histórico, revela algo —aunque “no puede” aclararlo del todo— de cuál es el verdadero rostro del hombre frente al mal, en dos dimensiones complementarias e inseparables que Bonhoeffer definió como *resistencia y sumisión*.

Jesús es la revelación de un Dios que no quiere el mal en ninguna de sus manifestaciones y que desenmascara cualquier subterfugio religioso para justificar o consagrar el mal en nombre de Dios y con ello para marginar a sus víctimas como malditos de Dios y de los hombres: “¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?”, preguntan los discípulos. “Ni él ni sus padres. Es una ocasión para que se manifieste la gloria de Dios”, contesta Jesús (Jn 9, 1-3). La gloria de Dios, que en el siglo II aclarará San Ireneo que es que el hombre viva (y vea, y ande, y se libere, y resucite). Los milagros de Jesús no son viñetas para ilustrar su predicación ni contravenciones caprichosas de las leyes de la naturaleza, sino expresión de la voluntad de Dios de entrar en alianza con el hombre para vencer el mal con el bien, sanar la enfermedad, devolver la alegría de vivir, rehabilitar a los moralmente desahuciados. El dolor físico, la vejez, el sentimiento de soledad o de infelicidad no son, de suyo, consecuencias de ninguna injusticia querida o permitida ni por Dios ni por los hombres, sino una condición inherente a la limitación de todo ser creado. Pero Dios ha dado inteligencia y corazón al hombre para que gane terreno a esa limitación, y así es el elemento incuestionable que aporta el progreso histórico a la erradicación paulatina (nunca total) de los males que aquejan al hombre, aunque tal progreso, debido al pecado, esté rodeado de ambigüedades, paralizaciones, y saltos atrás.

Pero Jesús desenmascara también las causas concretas que produce el mal, sin distinguir si el mal es físico o moral. Existe una relación de causa a efecto entre los ricos —los enriquecidos— y los pobres —los empobrecidos—, entre los hartos y los hambrientos, entre los que ríen y los que lloran. Denunciar y combatir los poderes económicos políticos o ideológicos que anteponen el sábado de sus intereses al interés absoluto por el hombre es la tarea de Jesús, que él llama el Reino de Dios, hasta el punto de que en el famoso “juicio final” de Mt 25, 31-46 Jesús identifica lo que se hizo o se dejó de hacer por los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos, presos, emigrantes, es decir, las víctimas del mal histórico, con lo que se hizo con él y, por lo mismo, con Dios. Y la gran batalla contra el príncipe de este mundo, con los demonios que deshumanizan y esclavizan al hombre, se concretiza también en la batalla contra las estructuras opresoras que finalmente acabarán con él, clavándole en la cruz.

La cruz, que es el lugar supremo de lo que piensa del mal Dios, y de hasta dónde está dispuesto a llegar para vencerlo, es a la vez el lugar del escándalo por excelencia, porque es el lugar de la sumisión y la derrota, aunque venga precedida de una heroica resistencia. Es tan escandalosa la cruz, que la misma teología se vio forzada a interpretarla como un “plan” urdido por Dios para salvar al hombre, sin que padecieran su honor y su justicia.

Las palabras que se oían al pie de la cruz —“a otros salvó y a sí mismo no puede salvarse: si es el Hijo de Dios baje de la cruz y creeremos en él”— encontraban eco en los oídos de los discípulos, y siguen encontrándolo en la sensibilidad, religiosa o no, de cualquier época. Es un “¿por qué?” que brota del mismo Jesús agonizante, presa del terrible espanto, anonadado. Los judíos, símbolo de pueblo religioso, piden señales del cielo, y los griegos, símbolo de la humanidad ilustrada, piden sabiduría (Corintios 1, 22), pero la única respuesta es la cruz, escándalo para los judíos y locura para los griegos, sólo para los verdaderos creyentes fuerza y sabiduría de Dios. El escándalo-locura se pretende ocultar haciendo de la cruz una “voluntad de Dios” independiente de la causalidad histórica, un “precio” a pagar para restablecer la justicia y alcanzar la salvación, en lugar de una lógica del amor que no “puede” vencer el mal sino con las candidas armas del bien, lo que equivale a perder, según la lógica del mundo.



Dios no está ausente, sino presente desde la cruz, animando al espíritu humano con su propio Espíritu para que la humanidad avance hacia su plenitud, de tal modo que siendo el amor hecho carne será la víctima de las fuerzas regresivas e inhumanas que no quieren ese reino sobre ellas.

El mal parece derrotar al bien, pero algo ha quedado en evidencia: La solidaridad divina con una creación que gime con dolores de parto, esperando la plena manifestación de los hijos de Dios (Rom 8, 19-22), la solidaridad del Padre con el Hijo en el Espíritu, llorando en la cruz sobre el hombro del muy amado todo el dolor de la historia humana. Es la “revelación” que ha dado lugar a las grandes teologías actuales de Moltmann (“El Dios crucificado”) y de Kitamori (“Teología del dolor de Dios”).

5. LA RESURRECCION, TRIUNFO DEL BIEN SOBRE EL MAL

La Resurrección de Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios, hace posible lo que parecía imposible: Que la pasión de Absoluto del hombre se haga realidad. ¿Por qué al final y no al principio? Porque el hombre es lo finito capaz de infinito, pero sólo a través de un lento proceso de maduración, que permita que seamos *nosotros* los que entremos en la realización plena de su comunión. Dárselo hecho al principio sería negar la historia, el protagonismo del hombre, y su consistencia real como criatura.

Sigue siendo un misterio el por qué de esta creación. Misterio de la libertad de Dios, misterio del amor de Dios, que es capaz de experimentar el mal, y a la vez es capaz de atraer la humanidad hacia sí mismo, de manera que Dios, sin dejar de ser Dios, llevará ya siempre la carne humana, y el hombre, sin dejar de ser limitado, será de tal manera plenificado, que el estigma inherente a la creación será definitivamente anulado y sólo existirá el Bien. Dios todo en todo (1 Cor 15, 28).

Antonio ANDRES

Del Instituto E. Mounier, sacerdote y pintor (Valencia)